

CAPÍTULO 1

—Te noto rara, Luna —me dijo Jorge cuando estábamos llegando a mi casa.

Instintivamente, me crucé de brazos para apretar la parka gris contra el cuerpo. Hacía rato que había oscurecido, y un viento desapacible arrancaba las últimas hojas secas de los árboles. Pero yo sentía otra clase de frío; un frío que brotaba de dentro.

En las últimas semanas he experimentado esa sensación bastante a menudo. Es... como nieve en el pecho. Me suele pasar cuando, después de alejarme un rato de mi casa y de la tienda de antigüedades, vuelvo a ellas. Y no, no se trata de miedo, como me ocurría cuando era pequeña, cuando siempre estaba temiendo encontrarme a mi regreso con algún incorpóreo nuevo. No, esto es otra cosa. Es un vacío. Una nostalgia. Una sensación de ausencia.

Supongo que no me había dado cuenta hasta ahora de lo importantes que eran para mí los incorpóreos que estaban en mi vida. Mi abuela, Yago... Incluso June. Ella ha sido la última en desaparecer. Hace unas cuatro semanas que no la veo. Odio reconocerlo, pero la echo tanto de menos... Al final, era la única persona con la que podía seguir hablando de Yago.

Porque con Jorge no puedo conversar sobre él; no como a mí me gustaría. Para Jorge, su hermano Yago es

el que está en coma desde hace más de tres años en la cama de un hospital, no el incorpóreo del que yo he intentado hablarle tantas veces. Cuando sale el tema de Yago, Jorge procura parecer receptivo. Se esfuerza; se esfuerza mucho. Pero yo noto un muro en su interior, una resistencia a confiar en lo que le cuento, a aceptar que es verdad. Y eso, a pesar de que llevamos saliendo ya... ¿Cuánto tiempo, cinco meses? Cinco meses y medio. A estas alturas, debería conocerme lo suficiente como para saber que no puede darle la espalda a esa parte de mí que ve lo que para otros es invisible. Si me quisiera de verdad, me aceptaría con todo, y eso incluye mi don, o mi maldición, según se mire. Especialmente porque, gracias a ese don, nos conocimos. ¿Por qué intenta ahora hacer como que no existe, o darle la menor importancia posible?

A veces pienso que es por celos; celos de Yago. Sí, ya sé que es absurdo. Yago, el Yago que yo conozco, no es más que el fantasma de un chico de quince años. Jorge, a pesar de ser su gemelo, tiene ya dieciocho, dos más que yo. Recalco lo de la edad porque es un buen ejemplo de las diferencias entre el Yago que vive inconsciente en el hospital y su sombra... mi amigo. Son la misma persona, sí. Igual que yo soy la misma persona que cuando tenía diez años. Es decir, que lo esencial se mantiene, pero hay diferencias.

En cualquier caso, echo de menos a mi Yago, el incorpóreo. Y eso es algo que no puedo explicarle a Jorge, porque no lo comprendería. Lo interpretaría de manera equivocada.

Pero no solo es su ausencia; es la de June. La de mi abuela. ¿Adónde se han ido todos? ¿Por qué ya nunca me los encuentro?

Ninguno de los tres se ha despedido de mí. Simplemente, ya no están. Me gustaría creer que es porque se han liberado y los tres han encontrado la paz, cada uno a su modo. Sin embargo, algo me dice que no es así. Para empezar, si Yago hubiese encontrado la paz significaría que ha muerto... o que ha despertado del coma. Y no ha pasado ninguna de las dos cosas. En cuanto a la abuela, creo que se ha ido por voluntad propia y que tiene un plan, aunque nunca me lo ha revelado. Y sobre June... Ella es la que más me intriga de los tres. Nunca la he visto preocupada por recordar lo que le pasó, cómo murió y qué tiene que hacer para dejar de ser una incorpórea. Es como si no quisiese saberlo. Una vez me dijo que ella no se liberaría jamás. Pero, si está tan segura de eso, ¿por qué se ha ido? No parecía tener ningún interés en alejarse de la tienda... o de mí.

Además, en las últimas semanas antes de que se esfumase definitivamente, había algo diferente en ella. Estaba distraída, apagada. Ni siquiera parecía tener fuerzas para meterse conmigo (su deporte favorito). Había perdido su brillo; y yo casi me alegraba, porque suponía un descanso para mí. En cambio, ahora miro hacia atrás y pienso que debería haber hablado con ella para intentar averiguar qué le estaba sucediendo. Al fin y al cabo, June ha terminado siendo lo más parecido a una amiga que he tenido nunca. Sí, lo sé; eso significa que mi vida social es absolutamente patética. Pero, de todas formas, ella me importaba, en

cierto modo. Y a veces tuve la sensación de que yo a ella también.

—Ni siquiera me contestas —insistió Jorge con un leve matiz de impaciencia en la voz—. En serio, Luna, ¿qué te pasa? ¿Por qué no hablas?

—Te recuerdo que venimos del cine. ¿Querías que hablase en el cine? —pregunté, a la defensiva.

—Esa es una respuesta infantil —replicó él, frustrado—. ¿Es que no podemos tener una conversación de adultos?

—No somos adultos. Bueno, a lo mejor tú, sí, porque ya tienes dieciocho, pero yo todavía no los tengo.

—Esto se está convirtiendo en un diálogo para besugos. ¿Por qué no quieres que hablemos en serio? Sé que te pasa algo, y me gustaría demostrarte que estoy aquí para lo que necesites.

Al decir eso, me cogió de la mano y me la apretó con ternura. Lo miré a los ojos. Me encantan sus ojos, tan claros y serenos. Tan parecidos a los de Yago y, al mismo tiempo, tan diferentes.

Me mordí el labio inferior. Me siento culpable cada vez que me acuerdo de Yago estando con Jorge. ¿Por qué? No tiene nada de malo, pero, no sé, creo que a Jorge no le gustaría.

—Tengo miedo de haber perdido mi don —solté, sin pararme a pensar—. De no poder ver ya incorpóreos. Hace tiempo que no veo ninguno.

En realidad, no había sido consciente de que eso era lo que realmente temía hasta que lo dije en voz alta. Jorge entreabrió la boca, pasmado.

—Pero, Luna, ¿eso sería maravilloso! ¿Por qué te da miedo? Me encogí de hombros.

—Yo... No sé. Toda mi vida los he visto. Me he acostumbrado a ellos. Y ahora, nada. Noto como un vacío.

—La sombra de Yago desapareció hace meses, pero no te sentías así...

—Es que ya no es solo Yago. Es mi abuela. Es June. Todos los incorpóreos de casa. Aunque te suene ridículo, eran como una parte de mi familia. Bueno, en el caso de mi abuela, ¿era mi familia! Y ahora ya no puedo verlos.

—Y a los otros, a los que llegan a la tienda de antigüedades, ¿tampoco? —quiso saber Jorge.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Ya no llegan tan a menudo como antes. O, si llegan, yo no los veo. El último al que ayudé se liberó hace unas cuatro semanas; poco antes de que se fuera June.

Jorge me pasó un brazo por encima de los hombros y me apretó contra él.

—Venga, no te preocupes. Te acostumbrarás —dijo alegremente.

Me dio la impresión de que mi explicación le había puesto contento y, no sé por qué, eso me irritó. Me zafé suavemente de sus brazos. Habíamos llegado justo al escaparate de la tienda.

—Es tarde. Tengo que repasar para una prueba oral de Inglés —murmuré atropelladamente—. Te llamo.

—Vale, como quieras.

Nos despedimos con un rápido beso en los labios. Noté la frustración de Jorge en su mirada, en la forma de apretar

la mandíbula al separarse de mí. Me sentí mal por él. Supongo que, una vez más, le he decepcionado.

La verdad es que, como novia, soy un auténtico desastre. Y eso que lo quiero. Estoy enamorada de él al cien por cien. Lo que pasa es que hay una parte de mí que se resiste a implicarse en la relación, como si temiese quedar atrapada. No entiendo por qué me sucede eso. Jorge no es posesivo ni avasallador, me deja espacio, respeta mis límites... ¿Por qué, a pesar de todo ello, me siento como si estar con él me obligase a renunciar a mi libertad?

Las relaciones con personas de carne y hueso son demasiado complicadas. A lo mejor por eso echo tanto en falta a mis incorpóreos.

Al entrar en el rellano del portal, vi luz en la trastienda del abuelo. Desde que hicieron la obra para poder acceder a nuestro piso sin pasar por la tienda, nunca suelo visitarlo a esas horas. Pero, al ver el resplandor de la lámpara de la biblioteca, recordé que se había pasado la tarde esperando un envío de Holanda, y decidí entrar a preguntarle si lo había recibido.

Aunque, en realidad, no tuve que preguntarle nada. Me bastó verlo desembalando con cuidado una caja para comprender que el envío había llegado.

Se incorporó sobresaltado al oír mis pasos y se volvió a mirarme con un plato de cerámica azul y blanca en la mano.

—¡Luna! Eres tú. Me habías asustado. ¿Qué haces por aquí a estas horas?

—Nada... ¿Qué tal esas antigüedades holandesas? —contesté, acercándome.

—Interesantes. Todavía las estoy desembalando. Pensé que la mayoría de las joyas y porcelanas serían del siglo XVIII, porque al parecer todo esto perteneció en su día a una mujer de esa época llamada Theresa van der Melde. Sin embargo, así, a primera vista, yo diría que buena parte de estas cosas son más antiguas. Siglo XVII.

Observé los objetos que ya había sacado de los paquetes. Había una jarra de porcelana blanca, una copa de metal labrado, algunas cucharas, y un montón de collares y gargantillas enredados unos con otros encima de la mesa. A la derecha, el abuelo había puesto un laúd bastante deteriorado y un marco que podría haber sido de un espejo. También había una caja grande de madera rojiza.

—¿Eso qué es? —pregunté, señalándolo.

—En el inventario figura como un costurero, aunque tiene una forma un poco rara para eso —dijo el abuelo—. Tendré que estudiarlo en detalle.

Con mucho cuidado, acaricié el vientre de porcelana de un azucarero azul y blanco.

—Porcelana de Delft, sin lugar a dudas —explicó mi abuelo—. Delicada y preciosa, ¿no te parece?

Asentí con la cabeza.

Y en ese mismo instante, lo noté. Un frío glacial en la nuca. Lo había sentido muchas veces antes, y sabía lo que significaba.

Sonreí. No había perdido mi don. Estaba a punto de ver a un nuevo incorpóreo.

Pero cuando levanté la vista del azucarero y miré a mi alrededor, me encontré algo muy diferente de lo que esperaba. No se trataba de un nuevo incorpóreo, después de todo. Se trataba de uno de los de siempre. Yago, por fin, había regresado.

CAPÍTULO 2

Le dije al abuelo que tenía que estudiar inglés para un examen y me escabullí rápidamente por las escaleras hacia mi habitación. Me pareció que el abuelo se quedaba un poco desilusionado. Creo que le apetecía compartir conmigo aquel momento mágico de ir desembalando las piezas que acababa de recibir.

Tal y como esperaba, Yago me siguió flotando a cierta distancia por el pasillo. Esperé a que entrara en mi cuarto para cerrar la puerta y encararme con él.

—¿A ti te parece normal pasarte tantos meses sin dar señales de vida? —estallé, sin poder controlarme—. ¡Eso no se le hace a una amiga!

Yago se aproximó a mí hasta que su imagen semitransparente casi me rozó. Creo que, si hubiera podido, me habría abrazado. Pero ¿cómo podría abrazarme? Es un incorpóreo.

Me saqué un pañuelo de papel del bolsillo y me limpié las lágrimas que me habían venido a los ojos. Yago se apartó un poco. Parecía incómodo, acobardado, y se movía con una extraña torpeza. Desde el primer momento tuve la sensación de que algo había cambiado en él, pero tardé unos segundos en entender qué era.

Y cuando lo comprendí, sentí un escalofrío. La edad, era la edad... Yago ya no parecía un chiquillo de quince años. Estaba más alto, y su pecho se había ensanchado. Ahora se parecía mucho más a Jorge.

—Has crecido —murmuré.

Arqueó las cejas, sorprendido.

—¿En serio? ¿Me ves diferente?

—Sí. Ahora aparentas... bueno, dieciocho. La edad que realmente tienes.

Yago asintió. Su silueta se sentó a los pies de mi cama, como solía hacer siempre. Permaneció así, cabizbajo y evitando mis ojos, durante un rato. No se decidía a hablar.

—¿Te encuentras bien, Yago? —pregunté, alargando sin pensar una mano hacia él.

Mis dedos atravesaron su antebrazo, y sentí un breve cosquilleo en las yemas. Retiré la mano. Yago, por fin, había levantado la cabeza y me estaba mirando.

—No debería haber venido —dijo—. No quiero estropear lo vuestro.

Evidentemente, se refería a lo mío con Jorge. La alusión me irritó.

—¿Por qué lo ibas a estropear? —pregunté—. No veo la relación.

—¿No?

Yago suspiró y meneó la cabeza con una sonrisa incrédula.

—Con lo lista que eres para la mayoría de las cosas, Luna, parece mentira que no te enteres.

—¿Que no me entere? ¿De qué?

Nuestros ojos se encontraron. Tragué saliva. No hizo falta que Yago me diese una respuesta.

Estaba intentando decirme que aquello era difícil para él. Por primera vez desde que lo conozco, me estaba hablando de sus sentimientos.

—¿No te parece extraño? —preguntó—. ¿Salir con alguien que es exactamente igual que tu mejor amigo?

—Bueno... Solo en apariencia. En otras cosas, Jorge y tú sois muy diferentes.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Por qué, Luna? ¿Por qué, entre todos los chicos del mundo, tenías que enamorarte de mi hermano gemelo?

—Yo... No sé si estoy enamorada de él —contesté en voz baja.

Nada más terminar la frase, recordé la conversación que había tenido con Jorge hacía apenas unos minutos. Le había dicho que lo quería, ¿no? Sí, lo había dicho... Y lo había dicho con sinceridad, totalmente convencida.

¿Por qué ahora, en cambio, lo estaba poniendo en duda?

Busqué una respuesta en los ojos claros de Yago, pero no la encontré.

—¿Te molesta que salga con tu hermano? —me atreví a preguntar.

Me sorprendió la rapidez con la que asintió, sin dudarle ni un momento.

—Claro que me molesta —dijo—. ¿Tengo que explicarte por qué? Luna, por favor...

—A lo mejor, sí. A lo mejor sí tienes que explicarme por qué. Nunca antes me habías dicho nada. ¿Cómo querías que yo lo adivinara?

—Pensaba que entre nosotros no hacían falta las palabras. Que sabías lo que sentía, lo que siento por ti. Igual que yo creía saber lo que tú sentías por mí. Aunque, evidentemente, en mi caso, me equivocaba.

—Me parece horriblemente injusto que te presentes aquí después de estar desaparecido durante meses a hacerme esos reproches —me quejé con amargura—. Tú deberías entender mejor que nadie por qué estoy saliendo con Jorge. ¿Qué querías que hiciera, eh, Yago? Tú ya no estabas. Y yo te echaba de menos. Me sentía más sola que nunca. Luego, poco a poco, me empezó a gustar. Ni siquiera sé por qué te estoy dando tantas explicaciones. No tengo ninguna necesidad.

—Eso es verdad. Y, además, no quiero explicaciones. No las necesito. En realidad, lo entiendo, Luna, lo entiendo todo. Y... aunque me duele, en cierto modo me alegro por ti. Y por él. Es lo mejor, ya que tú y yo no podemos... En fin, no podremos nunca... bueno, ya me entiendes.

—No estás muerto —murmuré hoscamente—. Y mientras hay vida...

—Sí, bueno. Lo que a mí me pasa es casi peor que estar muerto, en algunos aspectos. Quizá no despierte nunca, Luna. Cada día que pasa, los médicos son más pesimistas. Ha pasado mucho tiempo y no hay ninguna mejoría.

—Lo sabes porque has estado allí, ¿no? —quise saber—. En el hospital. Donde tienen tu cuerpo.

—Sí, he estado allí algunas veces. Y también en casa de mis padres. Y por ahí... He aprendido bastante en estos meses fuera. Pero es complicado, ¿sabes? Cuando me alejo de

la tienda, mis recuerdos se desdibujan. Me siento perdido. Por eso vuelvo a la zona casi todos los días, aunque no llegue a entrar en la tienda.

—Hasta hoy...

—Sí, hasta hoy.

—Me alegro de que lo hicieras —dije—. Pero ¿por qué hoy precisamente?

Yago tamborileó con sus dedos inmateriales sobre el edredón de la cama.

—Hay una razón, lo has adivinado. Verás, es que ha ocurrido algo. Esta tarde, cuando andaba por el final de la avenida que da al parque, vi pasar un coche y... en un fogonazo, recordé. Era exactamente igual al coche que me atropelló. Reviví con mucha claridad el momento del accidente. Como nunca antes.

Una extraña mezcla de esperanza y nerviosismo se apoderó de mí.

—¡Pero eso es maravilloso, Yago! Si has recordado, ¡es el primer paso para liberarte!

—El primer paso, tú lo has dicho. Tengo ese recuerdo, y en él hay una pista muy valiosa. Porque coches como ese, te aseguro que no hay muchos. Era un Porsche plateado, deportivo, una preciosidad.

—¿En serio? No puede ser difícil encontrar un coche así. ¡Yo te ayudaré!

—Justo es lo que iba a pedirte.

—Lo haré encantada —le dije rápidamente—. ¿Puedo contárselo a Jorge?

Yago me miró dubitativo.

—Por el momento, preferiría que no —dijo—. No sabemos en qué terminará todo esto. Imagínate que encontramos el coche. Y a su dueño, o dueña. Es decir, a la persona que me atropelló. Eso me liberará seguramente, ¿no crees? Dejaré de ser un incorpóreo. Pero ¿qué significará eso para mi cuerpo que está en el hospital, en coma? ¿Me despertaré o... me iré definitivamente?

—¿Quieres decir que, si te liberas, tu cuerpo podría morir? —pregunté asustada—. Yago, yo no quiero eso...

Él se levantó y se sentó un poco más cerca de mí en la cama. Podía sentir una mezcla de frío y calor emanando de su forma incorpórea.

—Luna, sé que esto es duro de oír, pero, aunque realmente pasase lo que dices, necesito que me ayudes. No quiero seguir existiendo de esta manera. Es un sufrimiento que ni siquiera te puedes imaginar. Y yo no lo merezco. No creo que nadie merezca algo así. Piénsalo. Tú has ayudado a decenas de incorpóreos de los que llegan a la tienda a liberarse. ¿No quieres lo mismo para mí?

—Quiero ayudarte —contesté con un hilo de voz—. Pero a vivir, no a morir.

—Y, seguramente, así será. Pero tienes que estar preparada para lo que pueda pasar, incluso si es... lo otro. ¿Me ayudarás de todas formas?

Tardé unos segundos en contestar.

—Sí —dije por fin—. Te ayudaré.

—¡Genial! —contestó Yago con los ojos brillantes—. He pensado que podríamos empezar investigando concesionarios de coches de esa marca. No puede haber muchos...

Se interrumpió bruscamente al notar que la puerta de mi cuarto se abría. Yo también me giré, sobresaltada. Era mi abuelo.

Me pareció extraño que entrase así, sin llamar. Normalmente él siempre es muy respetuoso con mi intimidad y todo eso.

—¡No estás estudiando! —dijo sonriendo.

Se acercó renqueante y se sentó exactamente en el lugar que Yago ocupaba un segundo antes. Ahora, mi amigo estaba flotando cerca del techo, observando la escena.

—Yo... Iba a ponerme ahora —balbuceé—. ¿Pasa algo, abuelo?

—Acabo de descubrir una cosa increíble —dijo el abuelo con los ojos brillantes—. Esa caja que venía inventariada como un costurero... La has visto hace un momento abajo, ¿te acuerdas?

—Sí. ¿Qué pasa con ella?

—No es un costurero. Es algo mucho más interesante: ¡una cámara oscura!

—Ah... ¿Qué es una cámara oscura?

El abuelo me lanzó una mirada que me pareció reprobadora.

—¿No lo sabes? La cámara oscura es la antepasada de la cámara de fotos. Bueno, de hecho, el nombre «cámara» para el dispositivo que hace fotos viene de ahí. Las cámaras oscuras eran unos espacios cerrados con un diminuto orificio por el que entraba la luz del exterior, proyectando una imagen de lo que había fuera en la pared opuesta a la del agujero. Ya los chinos de la Antigüedad las usaban, y

más tarde los griegos, los romanos, los árabes... Al principio eran habitaciones enteras, pero, a partir del siglo XVI, empezaron a usarse cámaras oscuras portátiles, mucho más pequeñas. Se utilizaban como instrumentos ópticos, y se cree que algunos pintores holandeses las usaban para obtener imágenes más nítidas y detalladas que las que podemos ver con el ojo desnudo. De ahí que alcanzasen ese realismo tan increíble en sus pinturas.

—Entonces, ¿la caja que te han mandado era una cámara oscura de esas?

—Sí —dijo el abuelo, sonriente—. Y aquí viene lo mejor, Luna. Creo que sé quién fue su propietario. Esa mujer a la que pertenecían los objetos que me han enviado... Theresa van der Melde. He estado haciendo algunas averiguaciones, estudiando los documentos, y he descubierto algo realmente interesante. Resulta que Theresa era la biznieta de Johannes Vermeer. Has oído hablar de Vermeer, ¿no? El gran maestro de la pintura holandesa del siglo XVII. El autor de *La joven de la perla*.

—Entonces, ¿tú crees que la cámara oscura de Theresa es la de Vermeer? —pregunté—. ¡Qué bueno!

—Sí. Si logramos confirmarlo, sería una prueba de que Vermeer utilizaba este instrumento óptico para sus pinturas. Él nunca lo admitió en vida, pero los expertos lo sospechan desde hace tiempo.

El abuelo se quedó callado, y su sonrisa se difuminó de pronto. Me miró indeciso.

—Hay algo más, Luna. No sé cómo explicártelo. Ya sabes que normalmente no me gusta hablar de esas cosas, pero...

ahí abajo, mientras examinaba la cámara, he notado algo. Un frío... que no era natural. Tú sabes lo que significa eso.

—Un incorpóreo —contesté, mirándolo—. Por eso has venido.

El abuelo asintió.

—Sé que no es fácil para ti, pero, en esta ocasión, piensa en la importancia que podría tener. ¿Y si se tratase de Vermeer en persona? Lo admiro tanto...

Miré de reojo a Yago, que estaba sonriendo en el techo sin ningún disimulo. Se me escapó un suspiro.

—De acuerdo, abuelo. Bajaré a echar un vistazo, y si me encuentro a algún incorpóreo, sea quien sea lo ayudaré.



CAPÍTULO 3

Dejé al abuelo en la cocina preparándose una manzanilla y bajé con Yago a la trastienda.

—Es raro que tu abuelo te haya pedido ayuda con esto — observó Yago mientras flotaba sobre mí en las escaleras—. Los incorpóreos no le gustamos. Prefiere ignorarnos.

—Sin embargo, está claro que os percibe; al menos, en algunos casos —dije en voz baja.

Sabía que mi madre no había llegado todavía de un curso que está haciendo y que mi padre debía de estar en el taller con los cascos puestos, pero, aun así, prefería ser discreta, por si acaso. No me gusta arriesgarme a que los demás me oigan cuando estoy manteniendo una conversación con un incorpóreo.

—¿Crees que se ha dado cuenta de que tu abuela ya no anda por aquí? —preguntó Yago, flotando delante de mí y avanzando de espaldas, con sus ojos fijos en los míos.

—Creo que sí —murmuré—, pero nunca ha comentado nada. Quizá debería sacar yo la conversación algún día, aunque no sé muy bien qué decirle.

Mientras hablábamos, entramos en la trastienda. Busqué a tientas el interruptor de la luz. Y mientras lo hacía, vi un resplandor al fondo, sobre la mesa donde estaban los objetos recién llegados. Formaba un cono dorado que parecía brotar directamente de aquella caja que, según mi abuelo, era una cámara oscura.

Decidí no encender y esperar un poco más, a ver qué ocurría. Tal y como esperaba, la luz fue transformándose hasta perfilar los contornos de una figura humana: una figura de mujer con una toca blanca y un vestido amarillento.

El abuelo se había equivocado: estaba claro que no era Vermeer. Aunque parecía haber salido de uno de sus cuadros.

Me acerqué despacio a la mujer, que me miraba con sus ojos intensamente azules, muy abiertos. Se la veía asustada.

—No tengas miedo —le dije—. Si tienes algún problema, a lo mejor puedo ayudarte. ¿Me entiendes cuando te hablo?



La mujer asintió con los labios entreabiertos. Aparentaba entre veinte y veinticinco años.

—¿Dónde estoy? —preguntó—. ¿Dónde está mi padre?

—¿Tu padre era el pintor Johannes Vermeer? —preguntó Yago.

La incorpórea se sobresaltó al oírlo. ¡No había notado la presencia de mi amigo! Es curioso, pero ocurre a veces. Algunos fantasmas tienen menos capacidad de percibir a otros que yo.

—¿Por qué me preguntáis eso? ¿Qué os han contado? ¡Es mentira! —chilló la mujer, descompuesta.

En sus ojos azules brilló un destello de terror. Y, al mismo tiempo, su piel se volvió casi translúcida, dejando



entrever por debajo los huesos de su esqueleto. Era escalofriante...

Menos mal que solo duró unos segundos.

—Entonces, no eres hija de Vermeer —dije yo con suavidad—. ¿Su nieta, tal vez?

—¡Yo no sé nada! ¡No sé nada! —contestó la incorpórea en un tono algo más apaciguado—. Quiero volver a mi casa. ¿Qué me ha pasado? ¿Estoy muerta?

—Yo diría que sí —contestó Yago—. Lo siento.

Me volví hacia él enfadada.

—Podías tener un poco más de tacto —le recriminé—. Vaya forma de decir las cosas...

—¿Y cómo quieres que se lo diga? No hay ninguna manera agradable de decirle a alguien que está muerto. Así, al menos, ha sido rápido.

Mientras hablábamos, la mujer había enterrado el rostro entre las manos. Estaba sollozando.

—Si estoy muerta, ¿por qué no he ido a reunirme con mi padre y con mi madre? Aunque a mi madre apenas la recuerdo. Era pequeña cuando murió. Debía de tener... ¿cuánto? Ocho o nueve años.

—Entonces, recuerdas cosas de tu vida —comenté, sonriendo—. Eso es bueno.

—¿Bueno para qué? —preguntó ella.

—Para que podamos ayudarte —explicó Yago—. Ya sabes, a encontrar tu camino. A volver con tu padre y con tu madre. Si es eso lo que quieres, claro.

—¿Y tú? —se interesó la incorpórea—. ¿Tú no quieres encontrar tu camino? ¿Qué haces aquí? ¿Te has perdido como yo?

—Algo así... pero un poco diferente —contestó Yago, incómodo—. De todas formas, es mejor que nos concentremos en tu caso ahora. Vamos a ver, ¿recuerdas cómo te llamas?

—María —dijo la mujer—. Me llamo María.

—¿María qué más? —pregunté yo.

Ella miró hacia el techo en penumbra, como intentando hacer memoria.

—No me acuerdo —murmuró—. Había un animal...

—¿Qué clase de animal? ¿Un perro? —aventuró Yago.

María sacudió la cabeza.

—No. También hubo un perro, blanco, encantador. Pero no estoy hablando de él. Era un animal... extraño. Amenazador.

Yago y yo intercambiamos una mirada.

—Bueno, al menos eso es una pista —dije, procurando que mi voz sonase animosa—. ¿Hay algo más que recuerdes de tu vida, María? ¿Algo que nos pueda ayudar a comprender por qué estás aquí?

Una vez más, el rostro de María reflejó terror, y su piel se tornó casi transparente, con lo que volvimos a ver su calavera por debajo. El resultado era escalofriante: un esqueleto con una toca blanca.

Igual que la otra vez, aquel efecto solo duró un momento. María recuperó enseguida su aspecto normal.

—Hice algo malo —dijo, temblorosa—. Algo que no debería haber hecho.

—Quizá deberías contárnoslo —apuntó Yago—. Puede ser el dato que necesitamos para ayudarte.

—No —replicó la incorpórea cortante—. No pienso revelárselo a nadie, y menos a unos desconocidos. Aunque me cueste la salvación de mi alma. No voy a hacerlo.

—¿Tan grave era? —me atreví a preguntar.

Pegué un brinco cuando la mujer se materializó bruscamente a mi lado. La tenía tan cerca que podía notar el frío que irradiaba. Incluso creí sentir el roce de su áspero vestido de lana.

—No es mi secreto. No puedo contar un secreto que no es mío. No quiero que le pase nada. Bastante ha sufrido ya la pobre.

—¿Quién? ¿Quién ha sufrido? —quiso saber Yago.

—¡María! —replicó la incorpórea con un vibrante chillido.

Retrocedí, espantada por aquel sonido tan extraño y lúgubre. No iba a ser un caso fácil, estaba claro.

—Ahora habla de sí misma en tercera persona —observé—. Está muy confusa.

—Eso parece —coincidió Yago—. María, ¿por qué has sufrido tanto? ¿Puedes decírnoslo?

La mujer puso los brazos en jarras y se encaró con Yago, retadora.

—No queréis entender. Sois como todos los demás. Por eso tuve que cerrar la boca y ahogarme con aquel secreto durante años y años. Sabía que nadie comprendería. ¡Todo lo que hice fue por ayudarla a ella! A ella, ¿me oís? No a mí. Y, ¿sabéis qué? No me arrepiento. Si volviera a verme en la misma situación, haría lo mismo que hice.

—Pues, si has hecho algo tan malo y no te arrepientes, no sé cómo vamos a ayudarte —gruñó Yago, impaciente.

—La gota de rocío —gimió la mujer, desesperada—. ¿Dónde está? Tenéis que ayudarme a encontrarla. Necesito mi gota de rocío.

—Una gota de rocío —repetí, y mis ojos se encontraron una vez más con los de Yago—. No sabe lo que dice. Ha perdido la razón.

—No, ¡no! ¡He perdido mi gota de rocío! —insistió María—. La oculté muy bien, debía evitar que la encontrase la gente equivocada. Pero ahora no recuerdo dónde la escondí.

—Pero, María, una gota de rocío... se habrá evaporado, seguramente —replicó Yago, armándose de paciencia—. Han pasado siglos desde que estabas... viva. No creo que podamos encontrar tu gota.

—Claro que podéis. Mi gota de rocío no se evapora. No pertenece a Dios ni a su creación. Es mía. ¡Y la quiero! Quiero recuperarla. ¿Dónde la he puesto?

Buscando una respuesta, María empezó agitarse salvajemente y a tantear con las manos los platos y las jarras de porcelana holandesa del lote con el que había llegado. A pesar de que era una incorpórea y, por lo tanto, no podía agarrar ni tirar nada, había algo tan violento y rabioso en sus movimientos que una de las jarras empezó a temblar.

Me asusté. No era la primera vez que veía a un incorpóreo interactuando con objetos físicos. Y sabía cómo podía terminar aquello. Si no la deteníamos, una de aquellas valiosísimas piezas de porcelana acabaría en el suelo hecha

añicos. Me imaginé lo que diría el abuelo, los problemas que le ocasionaría aquello. Debía detenerla como fuese.

Sin pensármelo dos veces, me abalancé sobre María como si se tratase de una persona real para intentar inmovilizarla. Como era de esperar, al chocar con lo que parecía su espalda no encontré ningún obstáculo. Desequilibrada, me fui directa contra la mesa donde estaban las porcelanas. No pude evitar que mi brazo derecho golpease un delicado jarrón de cristal y lo derribara.

El sonido del cristal al romperse inundó la trastienda. Un momento después, oí la voz angustiada del abuelo en las escaleras.

—¿Estás bien, Luna? ¿Qué ha pasado?

Retrocedí hasta la pared y, con una mano temblorosa, apreté por fin el interruptor de la luz.

El vaso de cristal yacía en el suelo, roto en mil pedazos. Y María, la incorpórea de la toca blanca, había desaparecido.